

XXXIII

Desde entonces ya no se dejó ver más. Se dijo que le habían recogido en una casa de salud.

Pasaron dos semanas.

Era uno de los primeros días de Julio y de los últimos del año escolar: la maestra Galli estaba en su clase, mirando, mientras dictaba, los árboles del jardín, que llenaban como una cortina verde el vano de la ventana.

El tiempo era hermoso y fresco: ella estaba triste sin embargo. Había asistido, por la mañana, en el salón de espera, á una escena dolorosa. Una señora belga, separada de su marido que era piamontés, (al cual le había quedado una niña, alumna de la Dorini), había venido, aprovechándose de la ausencia del padre, para llevarse á la niña; ésta no la había querido seguir, y la madre le había estado suplicando en vano durante una hora,

llorando, poniéndose de rodillas, y conmoviendo á todos, excepto á ella y á su maestra, que estaba excesivamente contenta por tener ocasión de hablar francés.

La Galli estaba triste, porque pensaba en esta y en otras tantas tristezas y miserias sociales, que se ven ó se adivinan en una gran escuela de una gran ciudad. É iba recorriendo para sus adentros el libro negro de su breve experiencia. ¡Cuántas cosas no había visto y oído en tan pocos años! ¡Oh, pobre sociedad urbana, mirada de abajo á arriba desde una escuela elemental! ¡Oh, educación de los padres! ¡Oh, santuario de la familia! Ella había encontrado bien pocas madres buenas, como se las había forjado en su mente siendo jovencilla, estudiando los libros de educación.

Ciertamente, la mayor parte eran cariñosas para sus hijos: ¡pero de qué manera, santo cielo! Algunas les amaban como á un juguete mientras eran chiquitos y graciosos; otras, por vanidad, si eran fuertes ó hermosos; otras, por ambición, si tenían talento y estudiaban. Había ella conocido á la madre de un niño endeble, que, para hacerle obtener el premio, le obligaba á hacer otros "trabajos de aplicación," y á aprenderse "leccio-

nes extraordinarias, levantándolo á las cinco de la mañana y acostándolo á las once de la noche, tanto que había enfermado: y aun durante la enfermedad ella iba á la cabecera con el cuaderno en la mano, diciéndole:

— ¿Ernesto, hagamos un problemita?...

Hasta que caía agotado en las almohadas. Otras había conocido que, por ambición, veníanle á proponer á cara descubierta que cometiera una falsedad alterando en los registros el voto del exámen mensual; otras tan rabiosamente celosas de los que disputaban el primer lugar á sus hijos, que se las veía gozar cuando un rival estaba gravemente enfermo; otras que para empujar á sus propias criaturas, se bajaban á descaradas coquetterías con los maestros, ó para vengarse de una supuesta injusticia denunciaban en cartas anónimas á las autoridades los hechos privados de la vida de los profesores ó profesoras.

En casi todos los padres y las madres había notado una miserable manía de hacer saber á los maestros por vanagloria ó en son de amenaza las relaciones de la familia con personas elevadas: éste el diputado, aquélla el consejero, la otra el marqués, y con esto

una ostentación insoportable de riqueza y de fausto, acompañada de los ejemplos más miserables de tacañería. Había familias de grandes señores que hacían esperar á su hijo tres meses un libro de peseta y media que le era necesario; señoras que daban bailes en su casa y que, en el completo desorden que esto producía en el hogar, no encontrando la ropa blanca, enviaban á sus hijos á la escuela con una toalla puesta en el pecho y otra á la espalda cosidas con unos puntos al costado; señores reventando de gordos que castigaban á sus hijos sin comer, y les dejaban venir á la escuela llorando de hambre; bellas y jóvenes mamás, que altaneras, como en prueba de alta nobleza, publicaban que ellas no habían criado á ninguna, —ni una siquiera, ciertamente, —de sus cuatro hijas.

.....
 ¡Oh, hermosos misterios de las paredes domésticas!

La Galli tenía en la escuela á una alumna, á quien la madre guapa y rica hacía barrer las habitaciones, para no molestar á la criada que le guardaba el secreto postal; y otra á quien su padre, banquero, que navegaba en malas aguas, irritado un día al verla entrar

contenta con su medalla, se la arrancó del pecho, arrojándola al suelo, y pronunciando estas palabras:

—¡Lo que necesitamos es dinero y no medallas!

Y la hija de una viuda pintada y majestuosa, que el año anterior, á una chiquitina suya moribunda que le pedía hielo, le contestó:

—¡Pero... hija mia, es preciso ir á comprarlo tan lejos!

Y toda esta gente vestía bien, hablaba con desparpajo, sonreía con gracia, acariciaba con amor á sus hijos; muchos de los cuales, bien lo comprendía ella, que en su casa jamás oían palabras afectuosas, ni una lectura de cosas levantadas, ni una conversación que se elevase jamás de la más pedestre vulgaridad; si no es que oían cosas peores.

¡Dios bondadoso!

En los días primeros de año había secuestrado á una alumna un libro increíble, é ingenuamente hábale revelado que lo tomó del armario de su cuñada; á otra tuvo que prohibirle que hablase con sus compañeras para que no envenenase la clase, diciendo lo que veía en su casa.

¡Raza de gentes hipócritas, que ponen el

grito en el cielo ante la vulgaridad y los vicios del pueblo!

¿Y esas eran las familias que la ayudaban en su obra educadora?

¿Para este mundo tan delicioso trabajaba ella?

¿Y para frutos tan admirables había de seguir trabajando otros treinta años más?...

.....

En estas cosas pensaba, dictando en tono triste y cansado, cuando llegó á sus oídos la voz de la portera que desde el salón gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Atrás! ¡Atrás!

Al mismo tiempo se abrió de par en par la puerta y Orveggi penetró en la escuela, traspasado, con la cabeza descubierta, con las ropas desgarradas, horrible.

La maestra y las niñas se pusieron enpietarradas.

Él se arrojó sobre el banco de su hija con tanto ímpetu que chocó con la barba como ya otra vez, y se rompió los dientes, lo abrazó, lo besó, luego se precipitó hacia la maestra con los brazos abiertos y lanzando un chillido desesperado de amor y de agonía, cayó derrumbado delante de ella golpeándole los pies con la frente.

Las alumnas despavoridas, gritaban, muchas se desvanecieron. La maestra cayó de rodillas, y cogiendo entre sus manos la cabeza blanca de Orveggi, la volvió hacia arriba.

Estaba muerto.



LA MAESTRITA DE LOS OBREROS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 100
1960. 1625 MONTENEGRO